

# Testimonio de Jesús Akachi

Jesús Akachi Testimony

*Resumen:* Jesús Akachi, hijo de emigrantes japoneses, nació en México en 1930. Cuando cumplió 6 años de edad se trasladó a Japón junto con su familia, donde vivió toda la etapa de la guerra. Akachi describe su participación como estudiante de secundaria en el apoyo a los esfuerzos de guerra. La situación de pobreza que vivió Japón después de la guerra los haría regresar a México tanto a él como a su hermano menor en 1952.

*Palabras clave:* japoneses, México, inmigración, Guerra del Pacífico.

*Abstract:* Jesús Akachi, the son of Japanese immigrants, was born in Mexico in 1930. When he was 6 he moved to Japan with his family where he lived during the war. Akachi describes his involvement as a high school student in the support of the war effort. However, the poverty which Japan experienced after the war would force his brother and him to move back to Mexico in 1952.

*Keywords:* Japanese, Mexico, immigration, Pacific War.

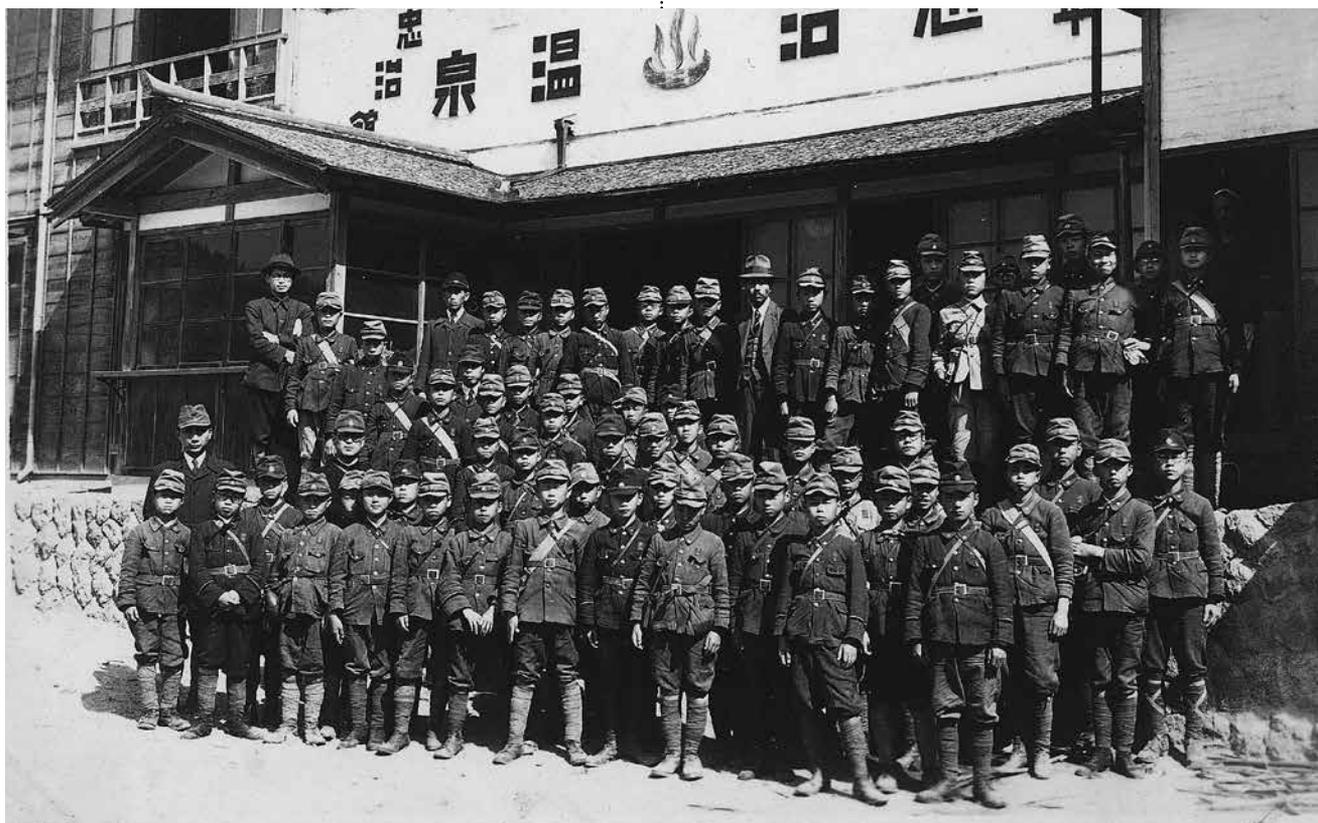
**m**i nombre es Kunio Akachi, aunque también mis padres me pusieron un nombre en español, Jesús. Nací el 12 de marzo de 1930 en Navojoa, Sonora. Mi padre, Kuninosuke, llegó a México en 1918 a la edad de 19 años. Mi madre, Kaworu, arribó en el año de 1927. Ellos procedían de un pequeño pueblo agrícola de nombre Chikuma, en la prefectura de Nagano.

El sueño que tenían mis padres al emigrar a México —como la gran mayoría de los emigrantes de esa época— era reunir un patrimonio y regresar a su patria; para lograrlo, mis padres trabajaron muy duro. Al igual que todos los que llegaron a México, él lo hizo como peón en un rancho del estado de Sonora. Posteriormente ingresó como empleado de una tienda, donde aprendió el funcionamiento de un pequeño comercio. Con esa experiencia y un pequeño capital, abrió su propio establecimiento: un molino de nixtamal. Después de años de intenso trabajo, mi familia fue de las pocas que logró realizar su sueño de regresar a Japón con un capital suficiente, con el que compró un terreno en Tokio y construyó 34 pequeñas habitaciones que puso en renta.

Como mis padres habían tomado la decisión de regresar a Japón, cuando yo cumplí los 6 años de edad me mandaron de manera adelantada para que ingresara a la escuela primaria. Afortunadamente fui de los *kibokunisei*<sup>1</sup> que no vivieron sin su familia la etapa de guerra, pues mis padres y mis hermanos arribaron a Tokio cuando no había estallado aún la Guerra del Pacífico, en el año de 1937.

Sin embargo, ya para ese entonces los niños vivíamos de manera cotidiana el ambiente de guerra, debido a que Japón había ocupado partes importantes de China desde el año de 1931. Los estudiantes éramos en

<sup>1</sup> La palabra *kibokunisei* se refiere a los hijos de los emigrantes; es decir, de segunda generación, que fueron enviados a Japón para educarse y no perder la cultura y el idioma de sus padres. Al estallar la guerra, muchos niños y jóvenes que se encontraban en Japón perdieron el contacto con sus padres. Fue el caso de Ernesto Matsumoto, historia que se presenta más adelante en esta serie de testimonios.



Jesús en compañía de sus compañeros de escuela. Akachi, de lentes, se encuentra en el extremo superior derecho, tras él está la viga. Colección de la familia Akachi.

realidad parte de la movilización nacional en apoyo a la guerra; recuerdo que yo y todos mis compañeros de la escuela acudíamos con gran emoción a la estación de tren a despedir a las tropas que marchaban a *Manshu*, o Manchuria, en español, cantando canciones y agitando banderas.

Al estallar la Guerra del Pacífico, en diciembre 1941, mi padre sintió un enorme temor pues conocía los Estados Unidos y sabía del enorme poder económico y militar de ese país. Él era de los pocos japoneses que no estaban confiados, como la mayoría de la población, en que Japón saldría victorioso de esa aventura. El temor y las dudas razonadas que tenía mi padre nunca las comentamos en público ni tampoco mencionamos que mis hermanos y yo habíamos nacido en México debido a las posibles reacciones de los sectores ultranacionalistas, que no permitían cualquier opinión diferente a la de ellos y desconfiaban de los que habíamos nacido fuera de Japón.

Cuando la guerra inició, durante los dos primeros años, a pesar de las grandes dificultades económicas y racionamientos en una serie de productos de pri-

mera necesidad, la familia no vivió con grandes carencias debido a los ahorros e ingresos que mi padre recibía. En los primeros meses del año de 1945, como consecuencia de los intensos bombardeos de la aviación norteamericana que dejaron prácticamente en ruinas las más importantes ciudades de Japón, nos vimos en la necesidad de mudarnos al pueblo de Chikuma, en la prefectura de Nagano, al norte de Tokio, donde vivía el hermano mayor de mi padre. En la casa de mi tío nos acomodamos como pudimos, era una propiedad rural relativamente grande, así que en el establo, en los gallineros y en un cuarto donde elaboraban la pasta de miso quedó instalado nuestro nuevo hogar.

En ese entonces, yo realizaba mis estudios secundarios, y toda mi escuela colaboraba en la siembra y cosecha de *daikon* y otras verduras.<sup>2</sup> Cuando aún residía en Tokio, los estudiantes de mi escuela asistíamos a las fábricas para ayudar a la producción de materiales para la guerra. Si mal no recuerdo, fuimos a la empresa

<sup>2</sup> El *daikon* es un rábano blanco que se usa extensamente en la comida japonesa.

*Tachikawa Seizakuyu*, dedicada a la construcción de las alas de un avión de combate.

Al acercarse el fin de la guerra, los altos mandos del ejército imperial consideraron inminente la invasión de las fuerzas armadas estadounidenses. Ante esa situación, se planeó, en completo secreto, la construcción bajo las montañas de Nagano de los cuarteles generales y del propio palacio imperial en una población de nombre Matsushiro. En esta localidad se apresuró la construcción de túneles subterráneos a finales de noviembre de 1944. Para realizarlos lo más rápido posible, se utilizó el trabajo esclavo de miles de coreanos y se forzó a la población local para donar tierras y colaborar con todo lo necesario para tal proyecto. Fui uno de los estudiantes que participó en la construcción de este tipo de búnker que serviría de refugio y que finalmente no se terminó ante la aceptación de Japón de la rendición incondicional que le impusieron las fuerzas aliadas.

La Guerra del Pacífico estaba ya a punto de terminar. El 6 de agosto de 1945 tuve que ir a Tokio por un asunto y, al pasar por mi librería favorita, escuché una noticia de última hora por la radio. La noticia informó que sobre la ciudad de Hiroshima había sido arrojada un nuevo tipo de bomba por el ejército estadounidense. Dos o tres días después informaron que había sido una bomba atómica. Según recuerdo, se transmitió un comentario referente a que en Japón también se estaban haciendo investigaciones sobre este tipo de bomba.

Los años que siguieron luego del lanzamiento de la bomba atómica fueron igualmente terribles, cuando Japón ya estaba ocupado por las fuerzas militares de Estados Unidos. Ante la falta de alimentos que padeció la mayoría de la población, el hambre y la desnutrición fueron unos de los más graves problemas del fin de la guerra. Una de las enfermedades que se propagó fue la tuberculosis, mal que adquirí y que me impidió terminar mis estudios en la Universidad de Waseda.<sup>3</sup> En el año de 1952, debido a la terrible

<sup>3</sup> De acuerdo con estadísticas oficiales, el número de decesos por tuberculosis en 1947 llegó a casi 150 000. Fue hasta después de 1951 que las muertes por ese mal se estimaron por debajo de



Jesús Akachi (de lentes) en compañía de sus padres y hermanos en Japón. Colección de la familia Akachi.

situación de pobreza que se vivía en Japón y a mi enfermedad, mi familia consideró que sería mejor que yo regresara a México, donde se había quedado el hermano menor de mi padre, Arata Akachi. Mis padres también consideraron que mi salud mejoraría en México, además de que tanto yo como mi hermano menor, Francisco, podríamos tener un futuro mejor en el país en el que habíamos nacido.

En México, mi hermano y yo nos incorporamos al negocio que mi tío Arata había abierto en la Ciudad de México, una papelería denominada “La Violeta”, en el barrio de Tacuba. Arata permaneció en México cuando nosotros nos trasladamos a Japón y él se hizo cargo de los molinos de nixtamal en la ciudad de Los Mochis, que afortunadamente arrendó durante la guerra y no le fueron confiscados.

En el año de 1962 me casé con una joven de Nagano. A mis tres hijos, que son mexicanos, les he inculcado

las 100 000 personas. El número de decesos por tifoidea, disentería, cólera, meningitis y otras enfermedades contagiosas alcanzaban los 100 000 casos anuales durante los siguientes seis años del fin de la guerra.



Al centro de la foto, bajo la bombilla, se encuentra Jesús Akachi. En el extremo izquierdo, su hermano Francisco. Imagen tomada en la papelería "La Violeta", propiedad de su tío Arata Akachi. Colección de la familia Akachi.

el conocimiento de la historia y, en particular, lo terrible que representa la guerra. Con mi hijo mayor, cuando cumplió 12 años de edad, tuvimos la oportunidad de volver a Japón. En ese entonces viajamos a las ciudades de Hiroshima y a Nagasaki, y en ambos lugares visitamos los museos conmemorativos de la bomba atómica. Al ver escenas de devastación, de ropas quemadas, fotografías, pinturas, etcétera, sentí un golpe de temor inmenso. Mi hijo sólo guardaba silencio.

Hace tres años, en 2011, tuve nuevamente la oportunidad de visitar Hiroshima. En el Museo Conmemorativo ya no estaban los paneles de Hiroshima, *Genbaku no Zu*, que son una serie de obras de la pareja de pintores Iri y Toshi Maruki, lo que me pareció algo lamentable. Esas obras ahora están expuestas en el Museo de Arte construido para sus autores, pero considero que sería importante que fueran exhibidas en un lugar más público; es decir, en el Museo Conmemorativo de la bomba atómica, para que puedan ser vistas por gente de todo el mundo. Estas pinturas me impresionaron mucho porque me enseñaron el horror de la bomba atómica.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> El pintor Iri Maruki se encontraba en la ciudad de Urawa cuando se lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima. Como había nacido en esa ciudad, hizo lo imposible para llegar con su compañera Toshi y buscar a su familia. Pocos años después, la pareja empezó a pintar sobre los horrores que vieron en Hiroshima, burlando la censura de las autoridades estadounidenses durante

En México he oído una y otra vez las noticias internacionales sobre la bomba atómica, pero ¿por qué Japón, el único país que ha sufrido por la bomba atómica, no hace saber al mundo, en una voz más alta, el horror de la bomba atómica? En un futuro, si nos extinguimos los seres humanos, sin duda alguna, una de las causas podría deberse al uso de las bombas atómicas o incluso de la energía nuclear en general, como lo vimos en el año 2011, con el accidente de la central nuclear de

Fukushima. No sólo por el daño directo de la explosión de la bomba en sí, sino también por la radioactividad que perdura durante muchos años y, sin darnos cuenta, los seres humanos iremos desapareciendo.

México también forma parte del mundo. Tenemos que reflexionar por qué los países que constituyen el mundo ignoran el alcance y las consecuencias de la bomba atómica, ¿será porque no les interesa o porque no quieren conocerlo? En el presente, aparentemente parece un asunto menor. Sin embargo, en el futuro será algo más grave y de importancia vital.

Actualmente la forma de controlar las armas nucleares se decide por negociaciones políticas, pero pienso que no debería ser así. Estados Unidos es el único país que ha lanzado dos bombas atómicas; Japón, por su parte, el único país que ha sido víctima de esas bombas. Creo que no sólo esos dos países, sino que todos y cada uno de los países del mundo, incluido México, tienen que reflexionar de manera más concreta sobre este asunto y sus consecuencias. Los invito de verdad a que tomemos más conciencia acerca de la importancia de los efectos de las bombas atómicas y nucleares y del uso de la energía nuclear para otros fines.

la ocupación militar, pues estaba prohibido publicar cualquier fotografía sobre lo que habían causado las bombas. Durante más de 30 años se dedicaron a realizar los 15 paneles que hoy se exhiben en su museo.